



Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Ortuño
La Armada Invencible

© 2022, Antonio Ortuño

Publicado por acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Domingo Martínez

Fotografías de portada: © iStock

Fotografía de Antonio Ortuño: © Jaime López-Aranda Trewartha

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2022

ISBN: 978-607-07-9042-3

Primera edición impresa en México: agosto de 2022

ISBN: 978-607-07-9087-4

Este libro se escribió con el apoyo del Berliner Künstlerprogramm del DAAD (Alemania)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Lado A

La construcción de la flota

1. *Jump in the Fire*

Como si lo viera: Barry Dávila cruzaba los atestados pasillos de Horizontes, el centro comercial más altanero en todo Zapopan, y al caminar era un barco que partía en dos el agua. Hombros echados pa' trás, botas vaqueras que resonaban igual que los cascos de un caballo contra el vitropiso, clop, clop, clop, y una chaqueta de cuero, cortita y con herrajes, según las tradiciones: vieja, manchada en los puños y descascarada en las arrugas. Y, claro, unos Ray Ban de piloto aviador calados a la nariz para taparse la carota de ídolo de barro. Barry se machacaba en el gym, y a sus cuarenta y cinco años parecía de veintipocos si no mirabas con atención, pero aun así sabía que era feo. Y no digo feo comparado con el Robert Plant de 1976, porque a su lado todos somos unos putos monstruos. No: era feo incluso al lado de su propio codo o mi riñón o el escroto de tu padre. A la gente se le salía decirle a Barry «el pinche cara de chango» porque tenía ojos de canica, diminutos y separados, una nariz bulbosa y unos labios vastos y purpúreos: los pétalos de una flor carnívora. Pero al caminar, Barry era algo más que tú o que yo, era una pantera apoderándose de la selva, y mostraba más

cadencia que ninguno. Era un dios de otro tiempo. Aunque no le daba la melena para llevarla a los hombros, porque el pelo ralea con la edad y él ya tenía alguna encima, su corte era perfecto, rapado en las sienes y la nuca y un cepillo renegrido (moteado de canas, sin embargo) en la parte superior del cráneo. El penacho de un casco. El casco de un guerrero. Y así braceaba, marcial, con la playera de Black Sabbath dándole un aire clásico, de Beethoven o Mozart, sin fajar, pero a la altura del cinturón, como si se la hubiera elaborado un sastre en vez de una máquina china de emplasticar. Y sus jeans iban ajustados estratégicamente a la cintura y la cadera para exhibir mejor el paquetón de sus genitales ante las muchachas. Y su cinto lo coronaba una de esas hebillas de águila romana que tanto le gustaban y siempre le envidié. Allí, en medio de los cientos de chamaquitos flacos con gorras de plato y pantalones pescadores por los que les asomaban los tobillos, entre el ejército de cuarentones gordos o jorobados que hormigueaban por Horizontes, hociendo los escaparates y sosteniéndoles las bolsas de la compra a sus mujeres, vencidos bajo el peso de las responsabilidades y el fracaso conyugal, Barry parecía un Tezcatlipoca surgido de avernos precolombinos (a él le gustaría que dijéramos mejor un Thor, un Apolo, pero tampoco vamos a exagerar). Y avanzaba sin voltear, un dios del pasado, ya lo dije, y no miraba a nadie en concreto porque también era miope. Los Ray Ban no tenían aumento: nomás le quedaban estupendos y por eso los usaba aunque el día estuviera nublado. Él no veía nada, pero yo sí. Bueno: como si lo viera.

No lo veía porque no estaba allí, con él, pero Barry me contó, luego, que *todo*, es decir, la idea de reunir a la vieja hermandad y resucitar a La Armada Invencible, comenzó

o reinició más bien en aquel paseo suyo por Horizontes, porque de comenzar había comenzado más de veinticinco años antes, cuando éramos jóvenes, tocábamos heavy y *thrash* metal y queríamos sonar más densos y ensordecedores que un tanque de guerra hundido en lodo y asaltado desde cada flanco posible. Al cruzar frente a los escaparates y las tiendas rebosantes de cacharros que no le interesaban, ropa de última moda, zapatos italianos, teléfonos potentísimos, joyas de peor gusto que los teléfonos, cazuelas con alma de piedra y esmalte de porcelana, objetos destinados a darles felicidad a los demás pero no a él, algo saltó en la cabeza de Barry y un cable se le reconnectó. Quizá era el orgullo de haber recuperado su mejor forma, porque nunca se puso gordo, pero ahora se mataba dos horas cada mañana en el gym, y después corría cuatro kilómetros y se veía, a la vez, natural y fibroso. O quizá que, como el hombre casado durante veinte años que fue, se acostumbró a dejarse estar, a acomodarse, a llevársela leve, a pasar la vida en chancletas, moralmente hablando, y ahora, divorciado de la madre de sus hijos, le hervían las tripas, o sentía, aunque ni lo había pensado a fondo ni se lo había dicho a nadie, que tenía que verse bien y atraer y engatusar de nuevo a todas las chicas que pudiera. La primera que se le quedó mirando aquel día, la que disparó su vanidad, quizá no lo deseó ardientemente. No era una muchachita, pero tampoco una señora: Barry dice que podía haber tenido unos treinta años bien cumplidos y no le pareció una belleza. Casi nadie lo es: pasamos la vida privados de cualquier rescoldo de hermosura y preferimos negarla, incluso, antes que aceptar los adefesios que somos. Solo una mujer normal, sentada en una banca, helado en mano, que lo miró al azar, de entrada, y lo descartó por feo, pero

enseguida notó el cuerpazo de estatua y los jeans entallados del tipo, bajo la cara de cuadrúmano y un destello de lujuria le brincó a los ojos, según Barry, quien se había detenido a su lado para revisar el mapa en el celular y así dar con la tienda de música que buscaba, en mitad del laberinto de luces y rótulos de Horizontes, porque con los pinches Ray Ban no veía ni madres, de verdad, y llevaba diez minutos de dar vueltas sin saber a dónde carajos iba. Barry se caló, pues, unos lentes de aumento que cargaba a manera de respaldo en el bolsillo interior de la chamarra (pequeños, cuadrados y muy *cool*), y descubrió que la chica de la banca lo revisaba con beneplácito, lameteaba su helado y hasta le sonreía, quizá insinuante. O pudo suceder que ella se sintiera descubierta en la contemplación y el susto le arrancara una risa, apenada y veloz, antes de que se replegara sobre sí misma y volteara a sus pies. Una mirada prudente y una risita que para Barry fueron un tesoro inimaginable, porque le parecieron síntomas de que el gimnasio, la soledad, la recuperación de su viejo estilo de *Hell Angel* olmeca, nada que ver con los pantalones de pinzas y camisas de botones y manga corta y suéteres en los hombros de color mamey de cuando estaba casado, era lo correcto. Le sentaba mejor. Quería ser el tipo de abdomen liso, una tabla de cortar carne, hombros de maniquí, piernas de mármol y pantalones untados que las chicas voltearan a ver. No una de esas montañas de músculos esculpidas por los salones de pesas ni un chamaquito de pecho lampiño y tufo a hormonas y meados. Quería lo que siempre quiso: ser un dios antiguo con todo y la cara de chango, un dios fuerte y altanero. Soy feo, pero estoy bien bueno, chingada madre, se dijo. Y se dijo también: soy un pinche rockstar. Y a los ojos de la chica del helado se sintió con veinte años menos en el

lomo, su matrimonio un puro paréntesis tan abatible como toldo de un automóvil. De pronto arriba y luego abajo. Ahora está, ahora ya no. Y se despejó la cara de los lentes de aumento, los metió al estuche, que devolvió al bolsillo interior de la chamarra, sin prisa, exhibiéndose, enderezando la espina, gato arrogante, y volvió a colocarse los Ray Ban ahumados sobre la piña torcida de la nariz. Y echó aún más los hombros pa' trás, modelo en pasarela, y se alejó a buen paso, convencido de que era hermoso y de que aquella sensación bendita de la juventud volvería. Y con ella todo lo bueno: la noche, las mujeres, el trago, los amigos, la electricidad. Agarrar la guitarra, enchufarse al amplificador, rasgar las cuerdas con la púa, agitar la cabeza, gritar, sobre todo gritar, y a un paso de la convulsión darse el placer malsano de cargarse de luz y arrojársela encima a los demás.

Como si lo viera.

¿Qué soñaste aquella vez, Barry?

Algo medio raro y chingoncísimo a la vez. Fue parecido a lo que pasó en el taller de la tienda de música aquel mismo día, en Horizontes, pero con algunas diferencias. En el sueño también llegaba a recoger la guitarra que les di a reparar, y me apoyaba en el mostrador, uno de esos de cristal con estanterías y seguros metálicos. Ya los conoces, los de las ópticas. Pero en vez de gafas tenían allí púas, cuerdas, llaves de repuesto, afinadores. Y había, como pasó en la realidad, una pareja a mi lado, chavita y chavito, y me miraban con asco los dos, el morro era un güerillo inocuo, uno de esos pendejitos nuevos con los tobillos por fuera del pantalón y una gorra de plato sobre la cabeza, un güey que no había tocado una guitarra en la

vida, un puto fraude, pero la morra lo miraba con ojos de vaca enamorada. Y tú tocas *heavy nópál* o qué, dijo el morro al verme, y ella le rio la gracia y a mí se me apretaron los puños del coraje. O qué, pendejo, respondí. Y el morrito se achicó. Se dio cuenta de que la había cagado y que molestó al león, se le hizo chiquito el rabo y tosió nomás. Al puto mocoso lo atendieron primero, había llevado a revisar un micrófono. Se lo entregaron y lo conectó a un ampli que tenían allí, a mano, para probarlo. Y el güey empezó a canturrear. Entonaba como niño: finito, nasal, el chorruto de voz saliéndole a pujidos de la garganta. Yo lo miraba. Y, la neta, me sentía bien. Muy bien. Yo sí sabía modular, conocía el secreto para sacar la voz desde los putos güevos, a la manera de los tenores. Podía rugir: era un tifón. Y en el sueño, además, llevaba unas botas cabronas, de cuero de víbora. Y la chamarra negra de motociclista; no esta que ves: una igual a la que usaba cuando chavo. ¿La ubicas, de las fotos? Más militar. Y mis Ray Ban ahumados, grandotes, de piloto o patrullero. Mientras el pendejo boqueaba sus palabritas melosas trajeron mi lira, al fin. Pero no la real, la que recogí aquel día en la plaza. En el sueño era una guitarra suprema, toda curvas, retro, o a lo mejor auténtica y conservada entre algodones desde los tiempos de Elvis. Ya iba a meterla en su estuche, pero la chava del taller, la que nos atendía, ofreció conectarme al ampli, también, para comprobar el éxito de la reparación. En la realidad, mi lira solo necesitó un cambio de cuerdas y revisar el falso contacto del enchufe, pero en el sueño le habían remplazado el brazo y toda la botonadura, es decir, cirugía mayor. Esperamos, primero, a que el pendejito se callara el hocico. No recuerdo ni qué cantaba, el cabrón. Mami, culo, amor. Las mamadas que les gustan ahora. Pero llegó

mi turno. Agarré la guitarra con estilo, una belleza de color cobre, o no, más bien dorada, la piel de una modelo de James Bond, y perfecta, ni pesaba de tan suave y barnizada. Hacía rato que no tenía una en las manos, hasta en el sueño lo sabía y era verdad, tanto tiempo sin tocar y por puro pendejo, por creer que bastaba con la vida plana, trabajar, cuidar a los hijos, agarrar la peda con los compañeros del trabajo dos veces al mes. Pero eso no colma el pinche espíritu ni le da de comer al corazón. No afiné siquiera: pegué un guitarrazo con las uñas, a lo bestia, sin pensármela, y seguí rasgando, y rasgando, y rasgando, rápido, más rápido, y el muchachito y las chicas se hacían pequeños, pequeñitos, se volaban, se los llevaba el aire, acaba, acaba rápido, me rogaron, me suplicaron, pero cerré los ojos y seguí, seguí hasta que ya no estaban ni allí ni en otro lado. Ya no. Los había arrastrado el ruido. Y supe que tenía que juntar de nuevo a La Armada Invencible.

¿En el sueño o despierto?

Para mí todo es sueño, pendejo. Todo. Hasta donde te abarquen las manos. ¿Qué no ves?

En el momento en que se producía en la cabeza de Barry la revelación de los tiempos de gloria por venir, estaba yo al otro lado de la ciudad, hundido en mierda laboral hasta las mismas orejas. Laminados Aceves era un taller de detallado automotriz en donde se les practicaba a los coches toda clase de ajustes innecesarios: se les repintaba aunque el tinte original fuera aún perfecto, se les colocaban llantas de doble ancho, con un tramado digno de la oruga de un tractor, o se les decoraba con accesorios brillantes, parrillas externas y barras de acero, o se les tostaban los cristales, o se retapizaba lo ya tapizado con

colores estrepitosos y telas que semejaban los lomos de un tigre siberiano. Los clientes de Laminados Aceves debían ser criminales todos, porque si no su aspecto era un puto desperdicio. Hombres malencarados y tatuados, al menos el noventa y nueve por ciento de ellos, que pretendían que sus autos parecieran consoladores brillantes y cuajados de luz. Con esa finalidad dejaban un dineral en nuestras manos. O, mejor dicho, en las manos de la cajera, porque los empleados solo veíamos desfilas el oro y nos limitábamos a esperar, cada semana, la aparición de la paga en nuestras modestísimas cuentas de banco. El oro se iba al bolsillo del dueño, el Gordo Aceves, de quien no puedo hablar mal porque le debía y le debo casi todo y porque, en el fondo, no era mala bestia ni mucho menos. Un tipazo, el Gordo. Lo peor de él, es decir, el hecho de que fuera rico y supiera ganarse el dinero con la misma facilidad con que cagaba, no era tanto culpa suya como de su padre, el Gordo Aceves original, fundador del taller y uno de los culeros más grandes que he conocido en la vida, quien lo entrenó desde niño para sacar ganancia hasta de la mugre que se rascaba de entre los dedos de los pies. Pero el Gordo primitivo murió luego de un síncope que acabó en infarto, haría ya sus buenos quince años, y el hijo se quedó con el negocio. Y eso estuvo más que bien, al final, porque la vida entera se me fue al carajo cuando me divorciaron (yo también, igual que Barry, me había quedado solo o, más precisamente, había sido olvidado, igual que las sobras en la mesa, para que se llenen de moscas) y al mes siguiente hubo recorte y me echaron del periódico donde trabajaba de ilustrador. No vi más remedio que llamarle al Gordo por teléfono: para ponernos al día, le dije, y él, comprensivo, invitó las chelas y a la quinta o sexta, cuando sacó en claro la verdad

sobre mi estado lamentable y el motivo de que estuviera tan jodido y ojeroso, ya me estaba contratando para jefe de diseño en su taller. Y antes de que lo eleven de bote-pronto a los altares de la santidad, debo aclarar que el taller ya tenía un diseñador, un tipo a quien no llegué a conocer, porque el día que puse el pie en Laminados Aceves le entregaron la liquidación y lo remitieron sin escalas rumbo a la chingada: la amistad verdadera se impone y con quien queda fuera de su abrazo suele portarse así de cruel.

Con nosotros, el Gordo siempre fue puro corazón, desde los tiempos en que lo conocimos, en aquellas fiestas multitudinarias de la preparatoria, aunque él estudiaba en una diferente a la nuestra y mucho más cara y fresca, claro, porque nosotros éramos de la pública y él de un colegio de curas, pero nos hicimos carnalitos a las primeras de cambio y a la semana de cotorrear ya se le escapaba del taller al hijo de puta del padre para caer a nuestros ensayos con toda clase de tributos grandiosos: un cartón de chelas, un pomo de tequila y hasta un whiskito dieciocho años distraído de la cantina doméstica. Siempre nos quiso, porque sonábamos despiadados y macizos de verdad, y eso era lo que el Gordo más deseaba en la vida: aferrarse a la música, al ruido genuino, al metal. Y, sinceramente, fuimos un poco cabrones con él, porque lo despreciábamos y lo llamábamos «la Grupi», o «tu Novia» (Barry me lo decía a mí, yo al Mustaine, el Mustaine al Isaías y de vuelta todos a todos: «Ya vino tu Novia»; o: «Tu pinche Novia no cayó hoy»; o: «Tu Gorda nos dejó plantados con las caguamas»). Pero tampoco lo tratamos tan de a tiro mal porque nunca le gritamos o le escupimos o nada parecido y hasta íbamos a llevárnoslo de chofer a Europa, o eso le decíamos cuando iba a salir

el disco y se suponía que armaríamos la gira. Y porque entre nosotros nos tratábamos exactamente igual. O sea, de la verga. Entre hombres, lo sabemos, amistad sin humillación es puro aprecio. Pero el Gordo fue ni más ni menos que uno de los nuestros, un hermano. Y lo era aún. Siempre tuvo la ilusión de tocar, desde chavito iba a clases de batería a una academia, la Lemus, y en nuestros tiempos se pasaba las horas debatiendo con Isaías sobre tambores, ritmos, los más grandes bateristas en la historia o, al menos, los cinco mejores vigentes al momento de la charla. Y aunque ahora, veintitantos años después, llevara encima el polo institucional de Laminados Aceves, de color pistache y untado a la panza, la gorra que le ocultaba la calvicie al Gordo era siempre de Sabbath o de Motörhead o algún otro dios del mismo Olimpo. Y más aún: la regla de oro en sus oficinas y talleres era que nadie pusiera canciones a su libre arbitrio. Si los empleados querían oír las melodías que su hipotálamo o sus pies les mandaran, debían resignarse a los audífonos. Nada de radios o altavoces personales, porque la música ambiental provenía de unas bocinas encadenadas a lo alto de las paredes y esas bocinas estaban cableadas, todas, a los equipos modulares del Gordo, de los que manaban exclusivamente rock, heavy y *thrash* clásicos o, según sus ánimos, un puñadito de selectas novedades. Tales eran su voluntad y su sello. Nada de banda, norteño o pop o canciones mierderas para bailar en sus terrenos. Y todos esos clientes con facha de malotes, que tan gallitos llegaban a nuestra puerta, oirían lo que les saliera de los güevos afuera, sus corridos criminales o sus ritmitos costeños de cinco palabras, pero en el aire de Laminados Aceves eso no existía. Allí reinaban AC/DC, sus hijos y nietos. El Gordo era un fiel. El último de los fieles.

Índice

Lado A

La construcción de la flota	11
1. <i>Jump in the Fire</i>	13
2. <i>Peace Sells</i>	43
3. <i>Belly of the Beast</i>	83
4. <i>Never Say Die</i>	119
5. <i>Electric Eye</i>	163

Lado B

Tempestad y zozobra	197
1. <i>Wasted Years</i>	199
2. <i>I Want Out</i>	239
3. <i>Orgasmatron</i>	269
4. <i>Black Wind, Fire and Steel</i>	307
5. <i>Balls to the Wall</i>	347

Agradecimientos.....	377
----------------------	-----